

La Tradición

PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO

Se publica el sábado de cada semana con aprobación de la autoridad eclesiástica

Año VII

Núm. 311

Á la

Monarquía * * * *

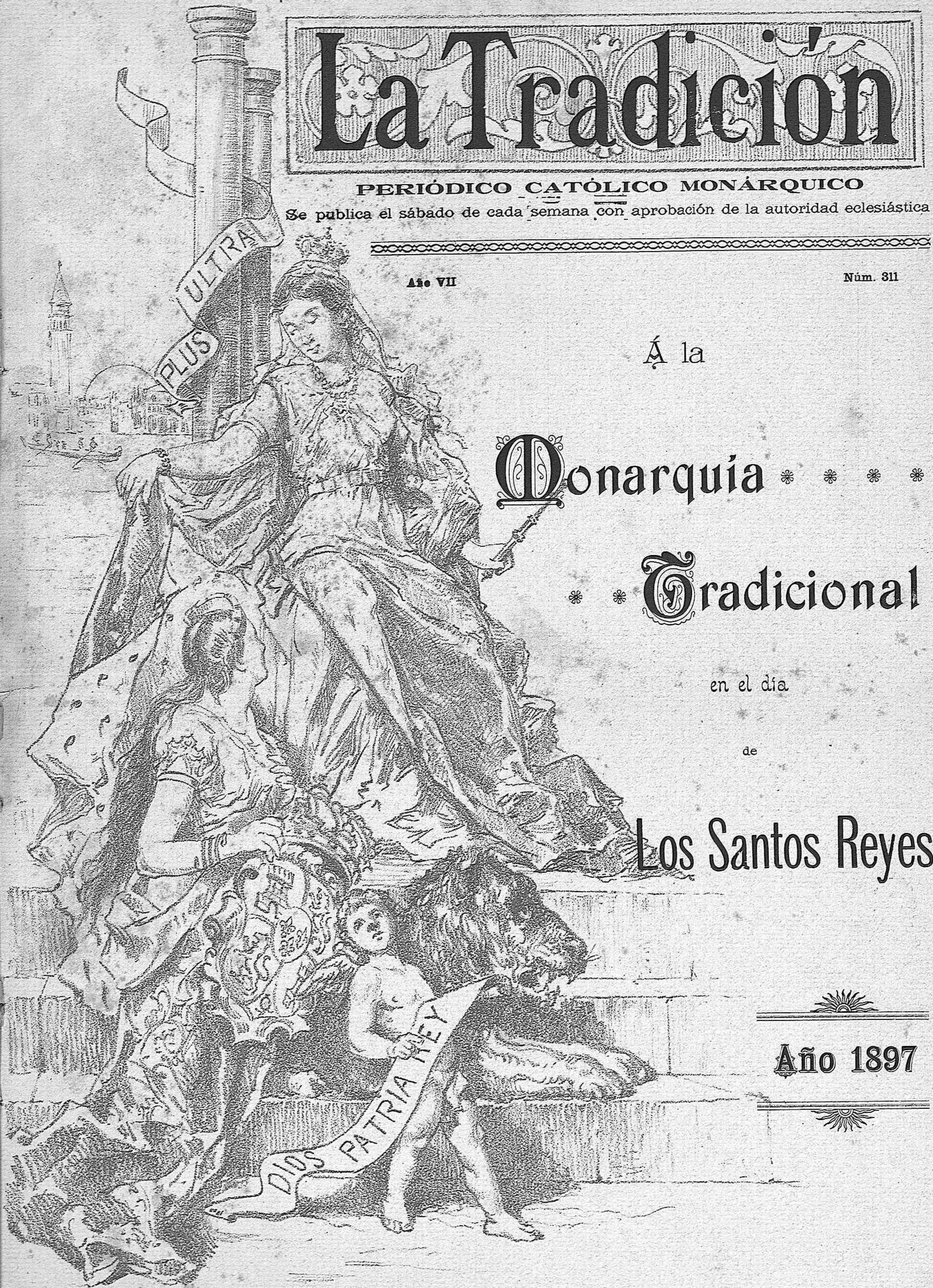
* * Tradicional

en el día

de

Los Santos Reyes

Año 1897





La adoración de los Reyes (CUADRO POR DON FAUSTO MORELL).

Este cuadro, original de nuestro distinguido cuanto buen amigo y correligionario Sr. Morell, uno de los pocos pintores de nuestros días que se dedican al género religioso, tiene un mérito notable por el número y la diversidad de personajes, jerarquía, razas, edades, trajes, sentimiento, actitud, etc., etc., que en la tabla concurren; en una palabra, todo el asunto constituye uno de los temas pictóricos más interesantes en su género, que sin desairar la escuela moderna y realista, recuerda las clásicas obras del siglo XV.

Los espíritus celestiales, el Santo Albergue, la Virgen Madre... ello sólo puede ser inspiración de una fantasía identificada con los más nobles y elevados sentimientos cristianos y con el profundo conocimiento de la significación doctrinal y solemne humildad de aquella escena relatada por San Mateo.

Servirle es reinar

ELOCUENTE ejemplo y magnífica lección nos ofrece la Sagrada Escritura en la fiesta de la Epifanía al presentarnos á los Reyes magos postrados ante Nuestro Señor Jesucristo hecho niño por nosotros y guareciéndose de los rigores del invierno en la humilde cueva de Belén.

La grandeza social y la ciencia sirviendo al Redentor, reconocendo su soberanía sobre los individuos y su imperio sobre las naciones, sobreponiendo la fe á la razón, prefiriendo lo eterno é imperecedero á lo temporal y deleznable, hallando en la reverente sumisión el principio del verdadero ennoblecimiento, buscando en la santa esclavitud del orden el legítimo señorío que conduce á la única sólida independencia, constituyen un espectáculo que siempre causará maravilla á todo pensador sereno y producirá en los corazones bien nacidos generosos sentimientos y emociones en alto grado consoladoras.

Lo mismo que en el orden religioso, en todos los demás órdenes por los cuales se espacia y campea la actividad humana, prescindir de Jesucristo es introducir la confusión en las inteligencias y arrancar la brújula que señale á los espíritus su ascensión hacia el centro de todo fecundo movimiento.

Sin Jesucristo ¿qué es la Historia universal? Simple recuento de miserables

pasiones puestas en ejercicio para envilecer á la humanidad; catálogo más ó menos minucioso de las asechanzas del fuerte contra el débil, de la malicia contra la inocencia, de la astucia y fortuna contra el candor y la desgracia. Con Jesucristo por norte, es la relación de los esfuerzos hechos por la divina Providencia para atraer y conducir á los hombres á la posesión de la eterna bienaventuranza.

Sin el Hombre-Dios ¿qué es la Sociedad? Producto de inconsistente pacto, agregado de células racionales, asociación de hombres libres para realizar fines puramente terrenos, acaso pasajero edificio para sostener el despotismo de audaz caudillo ó de aventurero sin conciencia. Con Jesucristo es ordenado concierto de inteligencias y voluntades para llegar, mediante el ejercicio de la virtud y la vida de sacrificio, á la posesión de la venturosa patria del cielo.

Sin el Salvador ¿qué es la Ciencia por la cual tanto se desvelan los hombres? A veces mera contemplación de verdades parciales sin enlace definitivo; á veces mortífera arma para la destrucción de nuestros semejantes; á veces también fuente de envenenado orgullo y abismo de repugnante endiosamiento. Con Jesucristo es destello de la Verdad Suprema, el mayor bien del hombre después de la virtud, manantial de nobleza y fuente de regeneración, camino directo para unirnos á nuestro único Principio, anticipación preciosa de la visión que ha de satisfacernos cumplidamente y apagar por entero los deseos de nuestro espíritu.

Servir, pues, á nuestro único Rey es ocupar en la Historia el puesto de honor que corresponde á quien es cifra y representante de la creación universal; es desempeñar en la Sociedad la plaza que pertenece á un futuro habitante del cielo; es cultivar la Ciencia para la Virtud, y practicar la Virtud para la unión con Dios Nuestro Señor.

Así cumplieron los Reyes magos su providencial destino: por eso sus nombres quedarán indeleblemente grabados en las páginas de la Historia, y su ejemplo será espejo en que se miren los Reyes y grandes de la tierra, y su conducta servirá de luminoso faro á los sabios para que resulten nobles y fecundos sus estudios é investigaciones.

Si así se hubieran conducido los que tienen la obligación de edificar á sus semejantes ¿cuánto no hubiera ganado la causa de la verdad y del bien, la causa de la civilización genuina y bien entendida?

Compréndanlo, de una vez, individuos y naciones: servir á Jesucristo es reinar; adorarle y obedecerle es elevarse á la grandeza y soberanía.

La Revolución nicua, dirigida y avivada por Satanás, ha menospreciado y puesto en ridículo estas verdades elementales. A las órdenes de su Jefe, homicida desde el principio, se ha levantado en nuestros tiempos contra Jesucristo, y con frenético odio, no cesa de repetir el grito deicida: *nolumus hunc regnare super nos*, no queremos que Jesús reine sobre nosotros. Ha negado su Divinidad por medio del racionalismo; ha rebajado su augusta Humanidad ultrajándola en el escenario por medio de dramas sacrilegos; ha profanado su benditísimo Nombre en las logias masónicas; ha execrado su Corazón sacratísimo y manchado su adorable Cuerpo en los triángulos paladistas; ha desterrado su Imagen de las escuelas y hospitales, por el laicismo; le ha suprimido de la ciencia por el materialismo y de las artes por el naturalismo; ha impedido su reinado social, por el liberalismo; y le ha apartado del lecho del moribundo, por el solidarismo. Y no satisfecho aún con tal cúmulo de iniquidades, le ha atacado en su institución predilecta, la Iglesia Católica, fomentando la herejía y el cisma; en su representante en la tierra, usurpándole el poder temporal é intentando arrebatarle su potestad espiritual; en la propagación de su doctrina, contraponiendo á las misiones de la fe las algaradas del librepensamiento; en los sacramentos, proclamando la disolubilidad del matrimonio y el amor libre; en su culto, prohibiendo sus manifestaciones públicas; en sus obras de caridad, incautándose de los bienes eclesiásticos; en su amor á los pobres, ensalzando el altruismo y la filantropía; en sus ministros, entregándolos al desprecio de una prensa liberticida y á los atropellos de un populacho sin freno ni pudor.

En presencia de ese deliberante *crucifige*, de esos ataques sistemáticos y de esa conjuración infernal, ¿cómo no recordar hoy las palabras del Evangelio: «y entrando (los Magos) en la casa, hallaron al Niño con María, su madre, y postrándose le adoraron?»

Póstranse, pues, ante el Niño-Dios la grandeza y el saber; adórenle como á su Rey y Señor; y comprendan de una vez que *servirle es reinar*, y que sólo sirviéndole y adorándole serán libres y hallarán fuerzas bastantes para combatir los atrevimientos y desenfrenos de la Revolución implacable y destructora.

En cuanto á nosotros, tradicionalistas de abolengo, ocioso es declarar nuestra inquebrantable sumisión al Rey inmortal de los siglos, único Dador de la verdadera libertad. Por Él permanecemos adheridos á nuestro Augusto Jefe; sin Él nada queremos ni deseamos, y á ninguna otra autoridad podemos ni debemos servir. ¡Ay de nosotros el día en que esto olvidáramos; el día en que no pudiéramos repetir, como lo hacemos ahora, con profunda convicción é intenso júbilo de nuestros corazones:

Servire Deo regnare est. Servir á Jesucristo, nuestro Dios: ése es verdadero reinar.

FILIBERTO.

Palma, festividad de la Circuncisión, 1897.

DOS HERODES

GENERACIONES de malvados y montañas de crímenes han venido sucediéndose á la sombra del asesino de Abel. Quizá sean relativamente muy pocos los que han pasado con todo el horror de sus detalles á la historia de la perversidad humana, y desde luego son muy contados los que á través de las centurias conservan fresca su sangrienta huella en la memoria así del niño como del anciano y del ignorante como del sabio.

Uno de esos pocos, tal vez el único después del deicidio, es la matanza de los santos Inocentes: por lo menos yo no tengo noticia de otro crimen tan universalmente conocido.

No han tenido las generaciones cristianas bastante ira en su pecho para maldecir la memoria del execrable verdugo de los niños de Belén, y parece que Dios, asociando intimamente á los misterios de la infancia del divino Niño la memoria de Herodes, se complace en hacernos abominar de ella con indignación siempre creciente.

Y sin embargo, hay otro crimen sin comparación más espantoso y abominable que el de Herodes, crimen del día, palpitante, descomunal, terrible sobre toda hipérbole, porque lo estamos viendo y como palpando todos, y pocos son los que de él separan la vista con horror, antes son muchos los que le tienden una mano amiga.

«Id, dijo Herodes á los santos Reyes, —informaos con toda diligencia acerca de ese niño, y una vez informados, dadme aviso para que vaya yo también á adorarle.»

«Id, —dice también el Herodes moderno, ó llámese Liberalismo, —informaos minuciosamente de cuanto pueda interesarme en la Iglesia Católica, porque también yo quiero adorar el Dios que adora ella.»

El negro corazón de Satanás no abriga hipocresía más sangrienta. Prometía Herodes adoración para asegurar sobre la inocente víctima el cuchillo de los sicarios, y adoración promete el liberalismo para herir á mansalva, mezclado con los creyentes.

Burlaron al primero los santos Magos: el segundo encuentra espías y delatores á millares que por hacer negocio venden á Dios y lo entregarían al puñal si posible les fuera.

Su crimen es tanto más horrendo, cuanto sus víctimas son más de llorar que las del Herodes antiguo.

Destrozó aquél los cuerpecitos inocentes, pero la sangre de los niños creó una legión de mártires que dieron testimonio del Mesías y legaron á la Iglesia naciente una página de oro que enamora el corazón y eleva el alma hasta el Autor de la inocencia.

El liberalismo, como si fuera una negra excepción de aquella Ley eterna que de grandes males hace derivar bienes inmensos, ni remotamente ha dado margen á un bien nacido de las entrañas de su crimen.

Comenzó, es verdad, haciendo mártires; pero se arrepintió al punto porque la sangre de mártires da vida y calor á la Iglesia su enemiga mortal. Dirigió entonces sus tiros á las almas, poniendo en acción sus falanges de doctrinarios de guante blanco y pretextando adoración como su antiguo maestro, y á millares cayeron las víctimas bajo su puñal invisible.

«¿Qué digo cayeron!... ¡ah, siguen cayendo! Ese sanguinario asesino de las almas ha logrado lo que no logró Herodes, ha entrado en la Iglesia de Dios, se ha llamado católico y hasta piadoso, y merced á su hipocresía abominable hace caer unas tras otras, como impetuosa lluvia de granizo, las víctimas de su crimen sin nombre.»

No asecha las almas perversas: esas son suyas desde antiguo. Cae sobre las inocentes, las adula, las engaña, las corrompe y las entregará á esa muerte del

alma con tan negros [coloridos pintada por las divinas Escrituras.

El Herodes antiguo mató los cuerpos, pero las almas volaron al cielo; el Herodes del día mata las almas y las hecha al infierno.

Francamente; entre el moderno y el antiguo, doy al antiguo la preferencia. «No temáis,—dice el Salvador,—á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed más bien á los que pueden arrojar alma y cuerpo en el infierno.»

El gran crimen de Herodes fué un arrebato de cólera inspirado por el despecho y la ambición. Al lado de aquella monstruosa mancha de sangre infantil, la historia profana ha puesto un timbre de grandeza.

Usurpador, tirano, parricida, criminal hasta lo inverosímil fué el antiguo Herodes; pero era decidido protector de artes y ciencias, y sus obras de protección le valieron el título de Herodes el Grande.

El Herodes al uso no es así. Tan torpe y amilanado como traidor y sanguinario, comete el crimen con toda la alevosía de una premeditación taimada y cobarde, pero no deja en pos de sí ni una borrosa huella de esas que á veces hay que alabar hasta en los mayores tiranos.

España lo dice bien claro. El liberalismo que en ella impora con sus *piiedades* á prueba de infierno, con sus *gobiernos* á prueba de bofetones y salivazos extranjeros y negociantes, con sus leyes preñadas de colosales desatinos y manando podredumbre, consus escapes de fabulosas millonadas, con sus dilapidaciones de la riqueza y del prestigio de la patria, y por decirlo de una vez, con su piélago de abominaciones sin fondo y sin horizonte, ¿que acción loable puede entregar á la Historia?

Que os respondan los hechos; los hechos os mostrarán hordas de tiranos alquilados para corromper las almas y personificar el vicio y el oprobio; gavillas de traidores que se levantan sobre las ruinas de la patria para hacer de la *pilleria* una carrera, y del escándalo un negocio, y del *gobierno* una agencia de credenciales para pérfidos; Sardanápulos, Heliogábalos y Epicuros nacidos para monopolizar los placeres del festín humano y los negocios del mercado de la carne; profesores del crimen y del cohecho, siempre valientes para pisotear la paciente patria, siempre asquerosamente cobardes para defenderla de negociantes en sangre humana.

Quiere adorar como el primer Herodes, y se arrodillan ante nuestros altares, y rezan y comulgan; pero llevan en su frente el estigma de Satanás. Aunque Satanás se disfrace de ángel de luz, Dios le condena á retener alguna señal de precito que le delata siempre. Aunque ellos se disfracen de beatos, el estigma del precito queda siempre marcado en su frente, acusándoles del odio y del desprecio cobarde que palpita contra Dios y la patria en todo cuanto han puesto su mano sacrilega y ensangrentada.

Sí, entre los dos Herodes, yo prefiero al antiguo. Grande se le ha llamado á pesar de sus grandes crímenes; pero si la Historia hubiera de darle al moderno un título, y si los crímenes, las traiciones y las ruinas no le merecieran otros más adecuados, llamaríale sin duda Herodes el Corruptor, ó el Cobarde, ó el Mente-cato.

J. D. CORBATÓ, PERO.

Paris, día de los Santos Inocentes, 1896.

El rey de la libertad

Tengo una gran ambición: la de salvar á España que se hunde. Los que crean que puedo salvarla que vengan conmigo. Yo no quiero saber más historia de España que desde la revolución de Septiembre acá; todo lo demás lo olvido. Creo

que todos los partidos, incluso el carlista, han errado ó han pecado. Por el solo hecho de ser partidos son malos; para mí no hay más que españoles. O no tengo una empresa alta que acometer, ó es la de acabar, en cuanto es posible, con los partidos. Yo no soy partido, sino España. Esta empresa no es continuación de otra, es nueva. España se muere y llama á cuantos quieran salvarla, siendo yo el primer conspirador, el primer soldado, el Rey. Necesito de muchos para derribar lo existente, de más para establecer un gran Gobierno.

Los Santos Reyes

y su santo ejemplo

SI, como ha dicho nuestro elocuente Mella, *la Monarquía cristiana nació de un acto de adoración en el portal de Belén al Rey de los Reyes, postrado en un trono de miserables pajas*, bien hacen los que tal institución aman, y por su restauración trabajan, en celebrar el presente día, que la Iglesia conmemora aquel extraordinario suceso, como fausto aniversario y santo cumpleaños, y bien hace LA TRADICIÓN acudiendo, en la forma que los tiempos consienten, al tradicional



Comprendo la Monarquía legítima y verdadera ó la República; no comprendo el parlamentarismo. Quiero Cortes para que expongan necesidades ó quejas, voten impuestos, contribuyan á la formación de las leyes, y nada más. Si el partido carlista hubiera mandado cuatro años siendo parlamentario, estaría tan disuelto y hubiera cometido tantas faltas como cualquier otro partido. Yo no soy liberal, y sin embargo quiero y puedo ser el Rey de la libertad.

(DEL DIARIO DE DON CARLOS.)



besamanos con que la España cristiana y monárquica acostumbró siempre felicitarse á sus Reyes el día 6 de Enero.

Unos hombres desconocidos, á quienes desde la más remota antigüedad se ha llamado reyes, aunque el Evangelio sólo los apellida Magos, acompañados de numeroso séquito y guiados por brillante estrella entraron en Jerusalén inquiriendo y preguntando por el lugar donde ha nacido el Rey de los Judíos. Y cuando consultados los doctores y leídas las Escrituras Santas se señala y precisa el sitio con tanto empeño buscado, hacia él se dirigen presurosos los sabios extranjeros, y postrados en tierra, rendidos sus cetros y humilladas sus coronas, ofrecen al Dios-Hombre recién nacido sus magníficos presentes: oro, incienso y mirra, sin que debilite su fe ni la ruindad de un establo, ni la pobreza de unos padres cuyo ascendiente fué David, pero cuyo palacio era un taller; y sin que los preocupe ni retraiga la suspicacia de Herodes, ni sus propósitos mal velados por hipócrita diplomacia, ni menos el extraño contraste que seguramente había de ofrecer la púrpura real ante unos pobres pañales, tres

testas coronadas humilladas y confundidas á los pies de un miserable pesebre.

A la vista de todos, sin temores ni recelos, sin consultar siquiera la suprema razón de Estado, obedecen los Reyes de Oriente el aviso que el Cielo les da por medio hacia siglos predicho; y en la corte misma de un rey cuyos sanguinarios instintos no es difícil desconoceran, preguntan por el nacido Rey de los Judíos, y una vez hallado le presentan pleito homenaje, público, solemne, decidido, sin cuidar de averiguar si aquel acto podrá ser motivo de disgusto para el poderoso monarca en cuyos dominios se encuentran, ni entretenerse en estudiar las contingencias que de su resolución pudieran derivarse.

Y en esto precisamente, en esta parte del sagrado episodio referido por San Mateo en el capítulo segundo de su Evangelio; en este valor, resolución y energía; en esta docilidad á las insinuaciones divinas y poco temor á las complicaciones humanas, conviene se fije hoy nuestra atención de un modo particular ya que tan notables son las relaciones y armonías que fácilmente se descubren entre los Santos Fundadores de la Monarquía Cristiana y el que hoy es sin disputa su más genuino representante.

Huelga el apuntarlas ya que son de nuestros días los hechos que las revelan, y apenas si hay quien desconozca actos y documentos que los ponen de manifiesto.

Quien, fiel á su misión, mantiene enhiesta una bandera que no han logrado hacer plegar tentadoras ofertas hechas en todas las formas, ni tampoco desgarrar todos los vientos de la Revolución soplando de todos lados; quien en ella conserva escritos, sin barajarlos ni confundirlos, con su debido orden de prioridad, los nombres de un lema cuyo primer miembro es Dios; quien por defenderlo ha expuesto su vida, y perdido su patrimonio, y renunciado un trono; quien públicamente ha confesado á Cristo y con sus batallones se ha consagrado á Él en los campos de batalla; y antes que nadie, siguiendo el ejemplo del gran Felipe II, se ha sometido á las disposiciones y fallos de la Iglesia; y ha renunciado á vínculos y relaciones que seguramente hubiera estrechado al aceptar padrinzagos que su conciencia no consentía porque la Iglesia lo prohíbe; y ha merecido ser aclamado al grito de *viva el único Rey antimasónico!* al presentarse en persona al primer Congreso de Trento para dar nueva y solemne prueba de sus sentimientos católicos y de nuevo lanzar público reto á la Revolución cosmopolita encarnada en la maldita secta; quien á la faz de todos, y en un siglo de debilidades y escepticismos, PONE LA CRUZ, MÁS AUN QUE SOBRE LA CORONA SOBRE EL CORAZÓN, y en Paray-le-Monial y bajo las sagradas bóvedas de la Catedral de Reims ha hecho resonar de nuevo las protestas, los actos de fe, las aclamaciones á Cristo y á su amantísimo Corazón, que un día recogieron y fueron repitiendo cien ecos en los campos de Orduña, bien puede ser considerado émulo, y sucesor, y trasunto de aquellos Santos Reyes que el Evangelio nos presenta postrados ante la cuna del Mesías, ofreciéndole sus tesoros y prestándole su adoración, y la tradición nos ofrece como mártires, sellando con su sangre sus creencias, y perdiéndolo todo, incluso la vida, en defensa de su fe, en prueba de su amor á Cristo.

En todos los documentos dados por el Augusto Sr. Duque de Madrid, en sus Cartas y Manifiestos, en los hechos públicos de su vida, brillan y palpitan estos sentimientos y virtudes. Y en estas virtudes y sentimientos públicamente manifestados, en estas cualidades de estadista cristiano, en todas ocasiones y sin debilidades demostradas, conviene busquen los pueblos, y de ellas esperen, su regeneración y su vida.

Las virtudes cristianas en secreto practicadas y privadamente guardadas, pero sin traspasar apenas los umbrales del hogar doméstico, podrán merecer tal vez á quien en ellas se ejercite, el dictado de persona virtuosa, si sobre ella no pesan otros deberes que los inherentes á todo jefe ó miembro de familia. Pero para más

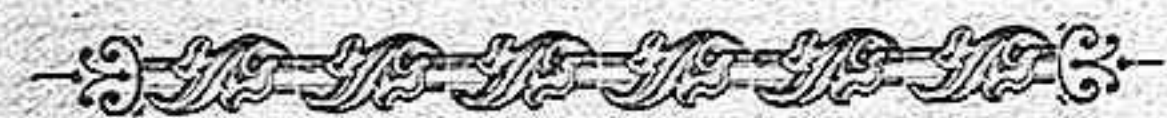
altos puestos, y cuanto más encumbrados con tanto mayor derecho, siempre serán exigibles virtudes y dotes en consonancia con los deberes que el cargo impone, y siempre será deber nuestro el confesar á Cristo en el tiempo, y en el modo, y con todo el valor que á su gloria convenga, y nuestro estado y condición social exijan.

Por esto la Historia, si bien lamenta los extravíos del hombre, tendrá siempre aplausos y alabanzas para el jefe del Estado que supo serlo según la ley de Cristo, en bien de sus pueblos; y por esto siempre será más grato para la Iglesia y para la Patria el nombre de Jaime de Aragón, con sus defectos y lunares, que el de Carlos III con toda su religiosidad y virtudes.

Invitado, en forma á la que no era dable negarse, á escribir algo para el número extraordinario con que hoy conmemora LA TRADICIÓN la solemnidad presente, esto entendí convenia hacer notar ya que la ocasión á ello se presta y lamentables confusiones de los presentes tiempos lo aconsejan y casi exigen. Y al desfilarse con el valiente semanario ante el Augusto Desterrado, en día para nosotros de santo cumpleaños y en este á modo de solemne besamanos, de su felicitación al Príncipe Cristiano en quien reflejan las dotes, energías y virtudes cuyo primer aroma recogió la Santa Cueva de Belén, bien puede ser eco la que, expresando millones de deseos y resumiendo cuanto queda escrito, va condensada en estas palabras:

Señor: La Religión y la Patria desean tener en vos un Fernando III el Santo, pero España y la Iglesia en vos prefieren poder alabar, más que las estériles virtudes de Felipe III, las altas dotes, las cristianas energías de Carlos I y Felipe II, de Felipe V y Fernando VI.

LUIS DE CÁRDENAS.



La venida de los Santos Reyes

QUÉ afán el nuestro, el de mis hermanos y el mío, en la víspera de la festividad de los Santos Reyes!

¡Con qué solicitud rellenábamos de cebada nuestros zapatitos, y el hermano menor los zapatos de papá porque eran más grandes, y los colocábamos en el balcón, donde se quedaban toda la noche para que al pasar la régia comitiva hiciera alto en frente de nuestra casa, diera un buen pienso á sus caballos y fuese más pródiga con nosotros en sus regalos!

Digase lo que se quiera, el *do ut des* es contrato tan de derecho natural, que hasta las mismas criaturas, por puro instinto, saben: que el que da más, más tiene derecho á exigir, ó por lo menos á esperar.

Lo interesante para nosotros era: que al llegar jadeantes los caballos, los ginetes pudieran refocilarlos por largo tiempo con el pienso que les teníamos preparado, y de este modo el dueño agradecido, no tendría encogida la mano para trasladar lo mejor de sus alforjas á nuestros zapatos.

¡Qué cuentas más galanas se hacía cada uno, consultando su deseo!

Quien soñaba, el más glotón, con una ensaimada grande, empedrada de rodajas de *longaniza* y abundantes trozos del clásico *calabazat*, y la mar de frutas confitadas; que, como regalo de los Santos Reyes, se daban casos.

Quien se prometía un juguete, el que mejor respondía á su instinto ó á sus aficiones. De mí sé decir, que siempre esperaba con ansia un acordeón ó un salterio de doble octava, igual al que encontró el unigénito de la familia más rica del vecindario, sin que el mío llegara á venir.

Y así, fantaseando, nos metíamos en la cama, y soñando esperábamos la madrugada para acudir, solícitos al balcón en busca del regalo apetecido; y ¡cuantas veces durante las largas horas de nuestro insomnio, sin que nadie lo advirtiera, al menor ruido que viniese de la calle, saltábamos quedito de la cama y de puntillas íbamos, á aplastar nuestras caritas en los cristales del balcón para ver si eran los Reyes que al pie del mismo habían hecho parada!

Y subía de punto nuestro alborozo cuando un concierto infernal de gritos y chillidos de la muchedumbre, mezclados con el estridente son de las apocalípticas trompetas de vidrio, y el bronco sonido de los caracoles de mar, que anunciaban á los Reyes, invadía nuestra calle.

¡Estos son los Santos Reyes, decíamos! Y otra vez al balcón, á devorar con la vista el tumulto que formaban chicos y grandullones con sogas encendidas en la mano, en medio del cual se destacaba la grotesca figura de un ganapán con la cara embadurnada, metido en una sucia y andrajosa vestimenta, con un turbante á guisa de corona, hecho con una cuerda de dos pañuelos de diferente color, y montado sobre una escalera tendida, que sostenían en el hombro media docena de majagranzas, congestionados de tanto vociferar.

¡Qué cuadro aquél y qué decepción la nuestra al verlos desaparecer, dirimindos en la obscuridad!

¿Cuándo vendrán los reyes que montan á caballo y harán merced á nuestros pobres zapatos?... ¡que continuaban repietos en el balcón, inmóviles y fríos!

Por fin, emocionados por el choque de tan vivas y encontradas impresiones, cedíamos al sueño que nos rendía; y si al despertar quedaban defraudados algún tanto nuestras esperanzas, nunca faltaban razones á nuestra buena madre para convencernos de que, aquello que encontrábamos sobre nuestros zapatos, era lo que en justicia merecíamos por nuestro comportamiento y por nuestra aplicación.

**

Dulces recuerdos de la infancia que asociáis la idea de Monarquía con los sentimientos de Providencia y de Justicia, ¿debemos desecharnos porque prostituyen la realeza estos osados, que, encaramándose en la escalera, basan su poderío en la ignorancia y en la fuerza de las muchedumbres, que arriman el hombro al que mejor las adula?

Los sucesores de aquellos que á impulsos de la fe volaron á la Cueva Santa de Belén refrendar los títulos de su autoridad, adorando al Dios-Niño, estos son nuestros señores; los reyezuelos de ocasión, no lo serán jamás.

MIGUEL BINIMELIS Y QUETGLAS.

Palma de Mallorca—1897.



¡Patria y Libertad!

BAJO el pendón heroico de altivas Tradiciones juremos españoles luchar hasta morir; enciende el sacro fuego los nobles corazones, nuestra patria salvemos ya pronta á sucumbir.

Agrupados en torno de los pendones reales que en Montejurra y Lúcar, el aire desplegó, al mundo demostramos que alientan pechos leales y sangre generosa que nunca se vendió.

Si, luchemos hermanos por los antiguos fueros, rompamos las cadenas, sus hierros empuñad, en vuestras nobles manos conviértanse en aceros al grito sacrosanto de «PATRIA Y LIBERTAD».

Bendito sé mil veces ¡oh Príncipe Cristiano! que en Trento nuevamente probásteis tu amor, á Ti con noble orgullo aclama el pueblo hispano, Por Padre de la Patria, de España Salvador.

LIBERTAS.

Palma—Enero, 1897.



Doña Maria Berta de Rohan (*)

SIEMPRE los grandes reyes han tenido á su lado grandes Reinas. Desde Clodoveo y San Luis hasta Fernando V, siempre se ve al lado de la Majestad real y de la grandeza monárquica la fe de Santa Clotilde, la farsaleza de Doña Blanca de Castilla y la magnanimidad soberana de Isabel la Católica.

Por coincidencia providencial la descendiente del primer cruzado Godofredo de Bouillon se une al terminar el siglo de las revoluciones con el primogénito de los revolucionarios de San Luis, el último de los cruzados, sin duda para servir de amoroso apoyo al sucesor de San Fernando, y juntar como un haz, todos los recuerdos de las grandes epopeyas cristianas en vísperas de la suprema contienda, y en los albores de la definitiva cruzada.

No hay nada comparable á la romántica belleza de esta figura ideal, hija de proscritos, nacida en el destierro, educada en el sacrificio, que aparta con sus oraciones y su ternura durante cinco años de agonía, la muerte que se cierne sobre su santa madre, hasta que al caer rendida, estrechando entre sus brazos la cruz del sepulcro que encierra aquellos restos queridos, su modestia no ad-

vierte que el Señor, no satisfecho con verla hija amantísima, quiso hacerla hermana de la caridad antes de ser esposa de Carlos VII.

Todos los más nobles y generosos sentimientos se han dado cita en el corazón de D.^a Berta, y parecen transparentarse en el encanto de su voz y en la claridad de aquellos ojos acostumbrados á mirar al cielo y que parecen tener luz interior como si irradiase en ellos la interna de su espíritu en vez de la exterior y material.

Fe católica arraigadísima y ardiente, piedad ejemplar, caridad sin límites, dulzura y amabilidad verdaderamente extraordinarias, unidas á un talento y á una perspicacia que causan la admiración de cuantos la escuchan, realizado todo por una belleza, distinción y elegancia, que hacen brillar en todas sus acciones el sello de la majestad. Tal es D.^a Berta.

Se equivocaría, sin embargo, el que creyera que tanta bondad y dulzura excluye la energía. La fortaleza de su alma está revelada en esta frase que escuché de sus labios, dicha con un acento de convicción que no olvidaré jamás: «El mundo de mi corazón está aquí, pero si me dan ó escoger entre ser esposa feliz ó reina desgraciadísima, yo que no ambiciono más que á Carlos, aceptaría sin vacilar lo segundo, porque es nuestro deber con España.»

JUAN V. DE MELLA

(Diputado á Cortes.)

(*) Apesar de tener en cartera un escrito de uno de nuestros redactores, hecho expresamente para acompañar el retrato de la Duquesa de Madrid, lo retiramos gustosísimos, substituyéndolo por varios fragmentos del hermoso trabajo que acerca de aquella Augusta Señora remite desde Venecia el elocuente Diputado Sr. Mella.—(N. de la R.)



El Juramento de fidelidad

No juzgásteis posible á Dios ser fieles
Sin serlo á vuestro rey; y en el tormento
Del régio vencedor las iras crueles
Burlásteis con horrible sufrimiento.
Nuestros padres que honraban los laureles
Al ver así guardado un juramento,
Con religioso asombro y graves cantos,
Héroes no os llamaron, sino santos.

(TOMÁS AGUILO, Mallorca Poética.)

IMPOSIBLE es de todo punto al viajero que en el tren recorre el trayecto de Palma á Inca, no fijarse en dos inmensas montañas, cortadas á pico, que adelantándose hacia el llano, cual centinelas avanzados, sepáranse de esa alta y accidentada cornisa que, naciendo en las costas de Anaruta, cruza nuestra isla, yendo á morir en las aguas que bañan el cabo Formentó. Esos dos enormes gemelos de rojiza y parda piedra, que á cortísima distancia el uno del otro se levantan, parece como si habiendo sido uno solo en otra edad, fueron divididos un día por el hacha de forzado gigante á fin de que aquel boquete sirviera á modo de puerta abierta entre el llano y la montaña.

De esos dos montes, el de Alaró, más aún que su mole sobre el llano, sobresale su nombre en la historia del antiguo reino Balear, habiendo sido un día teatro de uno de los más altos ejemplos de fidelidad, al propio tiempo que aquellos fértiles campos eran testigos de la más cruel barbarie.

Al baluarte inexpugnable que la naturaleza formara en tan agreste paraje, la mano del hombre agregó altos parapetos y segura muralla en los sitios menos inaccesibles, convirtiendo aquel monte en firme fortaleza que dominaba la llanura.

Delante de ese nido de águilas detuvo su caballo Alfonso de Aragón en 1286, asombrándose al ver como en su alta cumbre ondeada todavía el pendón de Jaime II; y de su admiración participaban sus nubes que habían visto rendirse á su soia presencia pueblos y aldeas, castillos y ciudades. Comprendió el de Aragón cuan difícil era arrancar de tal fortaleza la bandera del rey de Mallorca; pero no era el hijo de Pedro el Grande de los que reparan en obstáculos, y sin dudar un momento intimó la rendición á sus defensores.

Toda la isla acataba ya por su rey al aragonés; ¿cómo era posible que un puñado de hombres resistiera á su empuje.

Pero no era, no, el más firme sostén de los derechos legítimos de Jaime II la natural defensa de aquellas peñas, ni la alta muralla, ni el número de sus defensores: algo más firme, más inexpugnable que toda material defensa se oponía al ejército invasor: sus defensores habían jurado obediencia y fidelidad á su rey y señor, y para aquellos que de la lealtad hacen una segunda religión, el juramento prestado subsiste mientras quede un átomo de vida.

El ataque decidido fué contestado con la más heroica defensa, y vencidos, no domados, tras encarnizada lucha sucumbió la fuerza del derecho ante el derecho de la fuerza, y los que en vida supieron conquistar el laurel de los héroes, sufriendo muerte bárbara y cruel por orden de Alfonso III, alcanzaron la corona de los mártires que la Iglesia les otorgó; mártires del juramento, mártires de la lealtad.

Seis siglos han trascurrido desde aquella heroica defensa, desde aquel cruel suplicio, y el tiempo, que todo lo borra, no ha podido en tan largo plazo destruir los vestigios de la altiva fortaleza: consérvese medio ruinoso la antigua puerta de entrada, y alguno que otro lienzo de muralla aparece en la alta cumbre como girón de gloriosa bandera.

Ante esos restos sagrados que nos recuerdan como nuestros mayores guardaban la fe de sus juramentos, el modo como comprendían la fidelidad á sus reyes, nos descubrimos con respeto los que

en este siglo metalizado, en este siglo de las grandes apostasias, hacemos de la lealtad nuestro timbre más glorioso.

Como dice el inspirado poeta mallorquín, no comprendieron los héroes de Alaró, al defender á su patria contra el invasor, la fidelidad á su Dios sin ser fieles á su monarca; y es que en todo tiempo las ideas encarnadas en las palabras DIOS PATRIA Y REY anduvieron tan íntimamente unidas que no es posible separarlas, y al luchar en defensa de los legítimos derechos del Rey peleaban por su Dios y por la Patria. Y si esto sucedía en aquel entonces, ¿qué será hoy, cuando vemos la Religión de nuestros mayores menospreciada y la Patria casi convertida en ruinas?

¡Lealtad!... hermosa palabra, sentimiento en que se inspiraron tan grandes hazañas, fuente de donde tomaron

desastres y tanta ruina, en medio de tanto rebajamiento moral, alzarse siempre potente, siempre fidelísima, la gran Comunión Tradicionalista, luchando en defensa de los sagrados derechos que lleva escritos en su bandera, ora en luchas pacíficas, ora acudiendo armada á congregarse en torno de su augusto Jefe, sin que las persecuciones ni los reveses puedan entibiar el entusiasmo de los que siguen sus doctrinas, no pensando nunca al acudir á la lucha si la victoria coronará su esfuerzo, bastándoles saber que al luchar cumplen una de sus más sagradas obligaciones.

Leales ante todo y sobre todo, observadores fieles de sus juramentos, no cuentan al ir al combate el número de sus enemigos, y si Dios permite en sus altos juicios que, como en 1286 y como otras veces la fuerza del derecho sucumba an-



Don Jaime de Borbón

(FRAGMENTOS)

NOTASE desusado movimiento en el campocarlista; van reuniéndose batallones y más batallones, que forman con marcial continente. En los rostros, tostados por el sol, de aquellos voluntarios que tanta gloria han sabido conquistar, vése resplandecer la alegría consiguiente á algún grande acontecimiento. Cualquiera creería, viendo la animación que reina, que se prepara una gran batalla, sabiendo que para aquellos valientes la mejor fiesta es la fiesta guerrera.... De pronto suenan los clarines, cuyos últimos sonos se confunden con los primeros acordes de la Marcha Real, acordes que presto son apagados con un grito frerético, ensordecedor, entusiasta: es que acaba de presentarse ante ellos un arrogante ginete en cuyas facciones enérgicas y bondadosas á la par, se confunde y mezcla la figura del guerrero indomable y del padre cariñoso. Con él va un niño de corta edad en cuyo infantil rostro se lee ya el carácter experto, entero y nobilísimo que ha de brillar en el porvenir: son Carlos VII y su augusto hijo Don Jaime.

Dirigese á aquellos heroicos soldados el guerrero ilustre, diciéndoles: «Aquí tenéis el destinado á continuar nuestra obra».

Carlos VII y el Príncipe Don Jaime son aclamados frenéticamente.

Más de veinte años han transcurrido desde aquel entonces; el niño que con tanto entusiasmo fué aclamado por los voluntarios que con abnegación sublime expusieron en veces su vida, se ha convertido en hombre y viste hoy marcial uniforme: pero no es al ardiente sol del Mediodía que brilla su espada; el imperio Moscovita le recibió con júbilo en sus ejércitos, y allí, en aquella monarquía que no han podido hacer tambalear los embates revolucionarios, aprende en la paz el difícil arte de la guerra para en su día ser el primer soldado de su Augusto Padre, y cuando la Providencia lo tenga destinado, su noble continuador.

¡Dios haga que presto vea trocadas las estepas de Rusia por los fértiles campos de nuestra España!

Z. V.



La plegaria de un padre

En la acción de Domeño

EN las montañas del Maestrazgo se había dado al viento la bandera, que entre sus pliegues lleva escrito el immaculado lema «Dios, Patria, Rey.» En el valle y en el monte, en el bosque y en el llano, al grito de ¡viva la República! contestaba el de ¡viva el Rey!

Un puñado de hombres, llegados de todos los pueblos, de costumbres diversas y hasta de hablar distinto, se habían unido en virtud de un ideal político, de aspiraciones únicas y de una misma fe religiosa.

Jativa, indolentemente recostada en la cordillera que limita su hermosísima vega, pudo verlos tomar las alturas á la bayoneta, y apreció de lo que eran capaces los voluntarios carlistas, cuando se trataba de escalar un nido de águilas para arrancar la victoria al enemigo y salvar parte de sus compañeros, encerrados en el castillo.

Las montañas que á Bocairente dominan, volvieron á conmoverse como en tiempo del Rey Don Jaime ante la gigantesca lucha emprendida por unos volun-

origen los más gloriosos hechos de nuestra historia.

¡Lealtad!... palabra hueca y sin sentido para aquellos que han convertido nuestra patria en mercado vil de sus concupiscencias, para esos nuevos Judas que venden los intereses de España al mejor postor.

Seis siglos han pasado, y el noble ejemplo de lealtad que nos dieron Cabrit y Bassa, sellando con su sangre el juramento de fidelidad, no ha sido infructuoso: la senda por ellos trazada fué seguida en esta leal tierra en distintas ocasiones por otros defensores de las legítimidades, muriendo unos en cárceles oscuras, otros en el destierro, otros en los campos de batalla defendiendo los derechos de sus legítimos Señores, pues felizmente para la noble España no todos sus hijos tienen el corazón corrompido. Así es que vemos en medio de tantos

te el derecho de la fuerza, no importa, habremos cumplido nuestro deber, señalando á nuestros hijos con nuevos sacrificios el camino del honor, legándoles como su más preciado patrimonio una fidelidad á toda prueba.

Hoy, fiesta tradicional de la Monarquía Española, fijos nuestros ojos en esa montaña de Alaró tinta en sangre de aquellos héroes, en ese granítico monumento de la lealtad balear, renovemos nuestros juramentos de fidelidad, prometiendo dar la vida una y mil veces antes que faltar á la fe jurada, antes que desertar la gloriosa bandera que lleva escrito el lema tres veces santo de DIOS PATRIA Y REY.

MARIANO ZAFORTEZA Y CRESPI
DE VALLDAURA

Palma—Enero, 1897.

tarios sin dirección y sin armas, y en la que llegaron á sentarse sobre los cañones de sus enemigos y á ponerles la boina.

En Gandesa será de imperecedera memoria la carga á la bayoneta con que los carlistas valencianos rechazaron á sus valientes enemigos, y en fin, cada pico, cada lugar, guarda la memoria de la muerte heroica de un voluntario del ejército del Centro.

No tenían armas, ni caballos, ni recursos, pero los liberales los tenían, y á ellos, en buena lid, en lucha cuerpo á cuerpo, se los arrebataron; y de este modo, pronto, como la espuma, crecieron los batallones y aumentó su número, se armaron y equiparon.

Siendo el Maestrazgo estrecho campo para sus hazañas, bajaron á la llanura: Sagunto los alojó, la Plana les dió sus hombres, la Ribera sus recursos.

Los pueblos á donde llegaban estaban digna y numerosamente representados en las filas; cada vecindario podía vanagloriarse de que uno de sus hijos había demostrado que la vida no vale nada cuando del honor se trata. Con orgullo podían decir los valencianos, que á diferencia de los de todas las demás provincias, ellos iban á la cabeza de los navarros en las admirables cargas de Mañeru, y que eran los últimos que abandonaban las primeras posiciones en Montejurra (Navarra). Ellos dejaban oír su sonoro dialecto, lo mismo entre las filas de los castellanos, que entre las de los batallones alaveses, guipuzcoanos, astures ó catalanes. En todas partes la sangre valenciana se derramaba generosamente.

Tras larga y fatigosa marcha, algunos batallones, aún mal armados y peor vestidos y municionados, tomaban posiciones en las alturas de Domeño, antes que la luz de la aurora permitiera distinguir los objetos. Se acercaba una columna enemiga y se había decidido por los jefes esperarla á pié firme. Con el día empezó el fuego, poco nutrido al principio, más y más en cuanto se fué generalizando.

La sangre iba tiñendo la tierra tan laboriosamente cultivada, las granadas desgajaban las ramas de los árboles y hacían saltar en mil pedazos las mazorcas con el dorado maíz; las balas se cruzaban velozmente como mensajeros que llevan la muerte de un campo al otro, el sol avanzaba en su carrera, pero los combatientes ni ganaban ni perdían un palmo de terreno.

Al extremo de una compañía carlista en guerrilla, perteneciente al 2.º Batallón de Valencia, notábase un grupo compuesto de un hombre de edad madura y de dos jóvenes en la plenitud de sus fuerzas.

Los tres cargaban y apuntaban pausadamente, y cada sonrisa que se dibujaba en el rostro de alguno de ellos, significaba que la bala propia ó la del compañero, se había aninado en el pecho de su contrario. Los tiradores eran padre y dos hijos, los tres voluntarios en el citado Batallón.

De pronto, un chasquido parecido al que produce una caña al quebrarse, hizo al padre y á uno de sus hijos volver la cabeza, tan rápidamente, que aún vieron al otro llevarse á la frente una mano que se tiñó enseguida de sangre, bambalearse un momento, doblarse sus rodillas y caer de boca con los brazos abiertos.

De un salto colocáronse á su lado, dieron la vuelta al cuerpo, taparon el agujero que el proyectil había abierto, pero todo era inútil: aquél voluntario era un cadáver. Cuando de ello se convencieron, el padre besó á su hijo, levantóse trabajosamente, y dijo:

—Cúmplase la voluntad de Dios. Él nos dió la vida, por su causa la exponemos, no nos cabe más que pedirle acoja en su seno el alma de tu pobre hermano.

Apesar de las balas, ambos se descubrieron é hincaron sus rodillas en tierra; concluida la ferviente oración, cubrieron con una manta aquel cuerpo tan querido, con sus toscas y honradas manos seca-

ron las lágrimas que surcaban su tostado rostro, y los dos colocados ante el cadáver, como para defenderlo aún, con un viva al Rey, se dieron la señal de romper otra vez el fuego.

JOAQUÍN J. LLORENS FERNÁNDEZ
DE CÓRDOBA.

(Diputado á Cortes.)

Don Alfonso de Borbón y Austria-Este

No hay católico, no hay carlista que deje de pronunciar con verdadero respeto y entusiasmo el nombre del Augusto Príncipe, cuyo retrato encabeza estas líneas.

Los primeros ven personificado en él, al valeroso soldado del Catolicismo, á uno de los héroes que formando parte del reducido Ejército del inmortal Pio IX, defendió bizarramente la puerta Pia de Roma, último baluarte del ya entonces mercedado poder temporal del Pontificado.

¡Gloria y honor para aquel puñado de valientes que gustosos expusieron sus vidas en defensa de la más santa, más noble y justa de las causas! ¡Gloria y honor muy especialmente para nuestro muy amado Don Alfonso de Borbón y Austria!

Los que nos vanagloriamos de pertenecer á la gran Comunión Católico-Mo-

nárquica, los carlistas, le admiramos además por la activa parte que tomó en los sucesos militares que posteriormente se desarrollaron en nuestra Patria, y que someramente mencionamos á continuación.

Apenas desligado del compromiso que contraído tenía con el Pontífice, se presentaron ante él otros horizontes más dilatados donde poder acreditar sus vastos y relevantes conocimientos que del arte de la guerra posee. Iniciada la campaña en el antiguo Principado Catalán, obtuvo de su Augusto hermano el nombramiento de General en Jefe de aquel naciente Ejército, siendo tanta la actividad desplegada en su organización y tanto su valor é inteligencia al conducirlo al combate, que muy en breve mereció la honrosísima distinción de que se le confirió el mando en Jefe de las fuerzas que operaban en el Centro, sin perder el que anteriormente se le había confiado, y que tan á satisfacción de todos desempeñaba. Prolijo sería enumerar minuciosamente las veces infinitas que este caudillo ilustre condujo sus huestes á la victoria; diganlo sino Berga, Alpens, Oristá, Igualada, Gironella, Plá de Llusanés, Cuenca y tantos y tantos otros gloriosos hechos de armas, cuyos nombres, con los ya citados, esculpidos en letras de oro figuran en las páginas que contienen el historial de su brillante hoja de servicios.

Desde las columnas de LA TRADICIÓN, la más modesta, aunque no la menos entusiasta publicación de cuantas defienden la sagrada bandera de Dios, Patria y Rey, enviamos nuestro respetuoso saludo y cariñosa felicitación al egregio desterrado y rogamos á la Providencia que conserve tan preciosa vida, á fin de que en

un día, tal vez no lejano, pueda de nuevo prestar sus eminentes servicios y valiosa cooperación para la salvación de nuestra tan querida como desgraciada Patria.

J. O.

Palma 6 Enero 1897.

Amor á la bandera

MUY cerca de uno de los alegres y pintorescos pueblecillos del ameno valle de las Encartaciones, idealizado por la poética pluma de Trueba, se había construido á principios de la pasada guerra, un edificio, que, aunque de fortín llevara el nombre, todo podía serlo menos ello; y por más que su buen aspecto exterior indicase que podía perfectamente resistir cualquier asalto, demasiado sabía y conocía la fuerza en él destacada lo deleznable de sus muros, y la poca resistencia que podía oponer á un sitio formal.

Componían su guarnición unos veinte hombres, á cuyo frente hallábase un veterano de la primera guerra, hombre de acero, que escondía bajo la cuoierta medio deshecha por los años y las vicisitudes de la vida, un corazón joven y entusiasta, corazón que latía de manera desusada al recordar á Zumalacárregui, y cuyos ojos brillaban de entusiasmo cuando contaba á sus subordinados los hechos heroicos del gran general en las Amézcuas ó en Ormaiztegui.

La mal llamada fortaleza estaba situada sobre pequeña elevación del terreno por tres de sus lados, y por el cuarto sobre áspera pendiente, disimulada ésta por exuberante vegetación de jarales y encinas, que cual verde alfomora la cubrían hasta perderse en la honda barranca.

En uno de los ángulos del fortín flameaba al viento un trozo de lienzo denegrido y en cien partes desgarrado, que fuera en sus buenos tiempos la bandera de un batallón de voluntarios guipuzcoanos, que el bravo veterano salvara en la retirada á Francia.

Tranquilos pasaban los días para la guarnición del fortín, y ansiosos aguardaban el relevo aquellos valientes, que preferían á la inercia y *vita-bona* que llevaban, el batirse por la causa santa del Altar y del Trono; cuando á media tarde de espléndido día de Mayo apareció en los confines de la explanada una columna volante del ejército liberal, cuyas fuerzas quintuplicaban las de la escasa guarnición del fuerte. Hicieron alto á cuatro ó cinco kilómetros de aquella fortaleza de naipes intimándole la rendición. La negativa más terminante y un entusiasta ¡Viva Carlos VII!! fué la contestación del veterano, y así quedaron las cosas hasta el rayar del alba del nuevo día que empezó el fuego entre ambos combatientes.

Batíanse á la desesperada los sitiados, redoblaban sus esfuerzos los de fuera, pero ni el uno lograba avanzar un paso, ni el otro hacer que su contrario retrocediera un ápice. Así pasó un día y otro día hasta que, diezmada la guarnición y mal herido el veterano oficial del fuerte, vieron los sitiadores que se arriaba la bandera del casi derruido fortín, y creyendo que se rendían, dióse la voz de alto el fuego; pero no fué así, rompieron de nuevo el tiroteo los de dentro, encarnizóse la lucha hasta breves horas después que se dejó ver sobre un montón de escombros un hombre llevando en la diestra blanco pañuelo á guisa de bandera, y en tal disposición avanzó hasta las filas enemigas para tratar de la rendición y entrega de la tan disputada como ya inútil fortaleza.

Con la rudeza propia de los hijos de aquellas nobles montañas, hizo comprender el parlamentario al jefe de la columna liberal que de no dejarles salir en libertad con todos los honores militares, accediendo además á los deseos de su jefe



de conservar la bandera, estaban dispuestos á morir mil veces antes que rendirse. Tras breves razones expuestas por una y otra parte, y por no alargar más una lucha tan inútil como cruenta, convino en ello el jefe enemigo; pero cual no fué su asombro al ver salir al poco rato á nueve hombres, de los que cuatro llevaban sobre sus fusiles, convertidos en camilla, un cadaver cubierto con la bandera que horas antes se mecía gallarda al llando soplo de la brisa.

«Que salgala guarnición» — dijo imperiosamente el jefe liberal. — «Señor — contestóle el que había sido parlamentario — los muertos no pueden salir, y nosotros somos los únicos que hemos salvado la vida. — Brillaron de cólera los ojos del Teniente Coronel, tal vez próximo á cometer una felonía con aquellas nueve sombras humanas que con él habían tratado de igual á igual, pero pudiendo más que todo la hidalgua española, gritó entre indignado y atónico: — ¡Vivan los valientes!» — Batieron marcha los tambores, é inconscientemente siguió la columna á los bravos voluntarios que, dirigiéndose al pueblo, dieron cristiana sepultura al anciano defensor del fuerte, envuelto en su bandera, en aquel glorioso harapo de tres guerras, al que tanto amaba y el que deseó fué su mortaja. Concluido de dar tierra al veterano, los que horas antes fueran sus subordinados rezáronle un *Padre-nuestro*, plegaria que fué contestada con verdadera unción por los de la columna. Estrechó el jefe liberal la mano de aquellos humildes voluntarios, que horas antes le parecieran leones, y al despedirse, quizá para encontrarse de nuevo frente á frente días después, el voluntario que hacía las veces de jefe prorrumpió en un entusiasta — ¡VIVA EL

REY. — No — dijo el Teniente Coronel enemigo ¡VIVA ESPAÑA! tierra de leales y de valientes.

MATEO ZAFORTEZA Y CRESPI
DE VALLDAURA.
Palma de Mallorca — 1897.

D.^a María de las Nieves

DONÑA Maria de las Nieves, la llamada por los liberales Doña Blanca, es, en efecto, de color blanco, de bella y agradable fisonomía, de mirada penetrante y dulce, que contrasta con el carácter valeroso y resuelto de que ha dado pruebas en la guerra.

La Infanta Doña Maria, sobreponiéndose á la debilidad de su sexo, acompañaba siempre á su esposo el Infante Don Alfonso en los peligros y combates; y niña aún, sufrió las marchas y las molestias de la campaña, que en Cataluña y el Centro no eran pocas, como los más decididos voluntarios. Como su esposo, vestía sencillamente; llevaba un traje negro de montar, adornado con cordones igualmente negros, y un pequeño escudo pontificio en el pecho y cubría sus rubios cabellos con una boina encarnada con borla de oro.

Sus relevantes prendas de inteligencia y carácter, su bondad, ilustración y denuesto, sobrepusieron á las absurdas calumnias de nuestros adversarios, tan bien informados acerca de la heroica prncesa, que hasta equivocaban su nombre. — H.

REALISMO

REALISMO de realeza, ó sea en el sentido de adhesión absoluta á los reyes ó apego á las doctrinas puramente monárquicas, es cosa de antiguo tan arraigada en la esencia y en el modo de ser del pueblo hispano, que por más que hayan intentado ó intenten sus modernos *redentores* desviarle ó borrar de sus costumbres todo recuerdo que tenga relación con aquel sistema ó forma de gobierno imprescindible en España, — y el cual cuando se ejercía con más firmeza que hoy tanta gloria y provecho supo reportarnos, — siempre se encontrarán los... *novatos* en la gran casa española con que aquí el principio monárquico lo llevamos todos infiltrado en la masa de la sangre, y que, por más que prediquen ellos sus *portentos civilizadores* (al igual que los charlatanes recomiendan sus específicos), el pueblo español nunca dejará de ser el noble pueblo de las inmortales epopeyas y de las nobles y santas tradiciones. Lo cual viene á confirmar, á los que gusten de textos y ejemplos testimoniales, la feliz sentencia del insigne Aparisi acerca de las formas de gobierno, al emitir su opinión de que para él y para España sabían más veinte siglos de realeza que toda la ciencia y la luz que pudieran aportar sus competidores de nuevo cuño.

Y si la razón de lo dicho es obvia por lo que se refiere al pasado, también lo resulta hoy mismo en grado mucho mayor, teniendo en cuenta por una parte los desastres de que somos deudores á los enemigos francos ó encubiertos del principio monárquico, que, á falta de otra cosa peor para la cual no les bastó el ánimo, se contentaron respectivamente los unos con arrimar el áscua constitucional á su sardina masónica y los otros á la suya filibustera; y por otra parte el vigor con que todavía se mantiene entre nosotros el recuerdo de lo *real* y el constante aumento que se opera de día en día en la gran masa ó ejército de verdaderos realistas, los cuales, sin alardear de nada y siendo sólo lo que fueron sus honrados y valientes progenitores, han venido á resultar en nuestros días los únicos y también los verdaderos y más dignos españoles.

Esto no obstante, es notoria y manifiesta hoy día la tendencia de muchos, que deben el sér á España, en antojárseles relegar al olvido todo lo que tenga sabor español y especialmente de *realeza*, alegando las más de las veces falta de *curiosidad* y de *tiempo* para trocar las obras francesas, que por lo general siempre tienen á mano, con los módismos y dichos gráficos y populares de que es tan rica la hermosa lengua de Cervantes (y de un *realista* tan consumado como el mismo rey Alfonso el Sabio que ayudó á formarla); lo que hace que al hablarles de *realismo* y de todo lo que con dicha palabra tenga relación, puedan dudar de la ingénita conformidad que existe entre aquel principio político y el sentimiento verdaderamente nacional. Para los tales á lo menos, pues, vale la pena el gastar tiempo, ser curiosos y hasta si importa «hacer memoria» que tal vez nos haga «producir entendimiento» en más de cuatro cerebros cerrados por completo á los argumentos de la razón que dicen invocar, y á los cuales es preciso á veces oponerles *realidades*, que conviene ir soltando de sentados, ya que ha de pasar mucho tiempo para verlas rebatir.

Así, pues, ejemplos de rey los encontramos á cada paso en nuestras costumbres y en el Diccionario. El león, que es el símbolo del valor y de la nobleza española, no dejamos de nombrarle muchas veces sin que le acompañemos el dictado que como por instinto le reconocen los demás animales, y es el de *rey*. ¡Lo cual no dejaría de ser una lástima que los séres irracionales, con ese instinto que tanto les caracteriza, nos dieran á nosotros ejemplo!

Cualquiera que pase revista á los primeros años de su infancia, recordará sin

duda alguna los agradables ratos que pasara tal vez en las largas veladas de invierno, junto al hogar, ó á la luz de la luna cuando el sol se cuida de abrasarnos con su calor durante el día, y en aquel recuerdo hermoso se le aparecerá aún la venerable y á la par arrugada y alegre cara del abuelito relatándole cuentos y más cuentos de *reyes*, de *reinas* y de cosas *reales*.

El menos aficionado á jugar sabe que los jugadores á veces eligen ó actúan de *rey*; y entre los juegos hay muchos que también lo tienen, especialmente el aristocrático ajedrez y el demócrata juego de naipes, en el cual último se «pide *rey*» y se «echan *reyes*», sin duda porque la abundancia de ellos lo permite á los jugadores, pues tienen cuatro, incluso el «*rey de bastos*», imprescindible en ciertas monarquías parlamentarias.

«Ni *rey* ni roque» grita á todos los vientos y en todos los tonos el socialista y el anarquista en nuestros días; y es un dicho recopilado el de que los que abusar suelen de las libaciones amilicas, «están á treinta con *rey*», es decir, muy bebidos.

Y mientras á cada instante nosotros los hombres vulgares y de ningún valor *real* afirmamos que podemos faltar á nuestra palabra y hasta prometer lo que no hemos de cumplir (sistema que han explotado con demasiada frescura los liberales de toda clase), á nadie se le ocurre poner en duda aquello de que «palabra de *rey* no puede faltar».

Hasta á lo que tiene existencia verdadera y efectiva se le ha dado el nombre de *real*, viniéndolo á confundir con lo que toca ó pertenece al rey ó con la moneda de aquel mismo nombre que todavía la influencia de la realeza hace usar, contra ley y todo. Y si esta última influencia llega á desaparecer en la moneda dicha, perdiéndose por acaso una de las acepciones de la palabra en cuestión, nunca la perderá en nuestro estilo familiar y á la vista de una de esas mujeres españolas que tanto admiran los extraños y de las que con justicia nos vanagloriamos nosotros, al buscar en la moderna fraseología un mote gráfico con que poder retratarla, siendo así que contamos con aquel tan antiguo, tan acertado y tan sencillo como claro y hermoso á la vez, cual es el de la «*real moza*».

En las ferias todos no cejamos hasta haber visto el *real*; el ejército en campaña tiene también su *real*; lo mismo que alguna cuadrilla de malhechores (léase si se quiere caciques, usureros y políticos de oficio) sienta sus *reales* entre nosotros, con permiso á veces de quien debiera hacer valer su poder *real* para tenerlos sujetos con el grillete que honraria y purificaría á los primeros.

Y como término de cosas *reales* y de *realeza*, y para no hacer este trabajo interminable, diremos que teniendo en cuenta que es una de las significaciones de la última de las dos palabras la de la magnificencia y la grandiosidad, á todo lo que sobresale en lustre, estimación y grandeza se le aplica la palabra *realce*; y de esta misma manera, de *realce*, hasta se suele bordar, y con frecuencia mentir, *realzar* lo *irrealizable*, para explotar lo *real* y verdadero con lo falso; por cuya última circunstancia á bastantes republicanos hemos oído afirmar que «no les da la *real* gana» el ser *realistas* ó querer *rey*,... sin duda porque suponen con razón que éste priva y estorba á los más su caprichosa pretensión de poder convertirse ellos en *reyezuelos* á costa de los simples que les encumbraron, cosa de la que por desgracia ya tenemos en España bastantes fatales ejemplos.

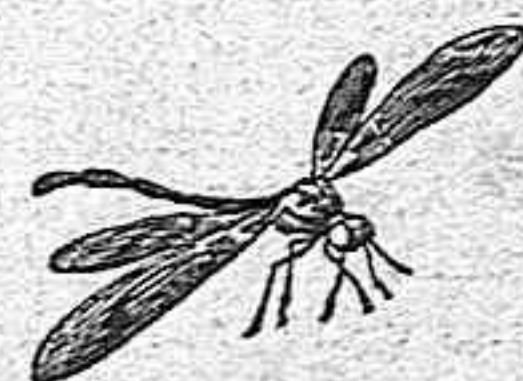
Y basta por hoy de *realismo* y de cosas *reales*.

A. VIDAL Y VAQUER.

Palma y Enero — 1897.



María de las Nieves de Borja



Ataque y toma de Cuenca

13, 14 y 15 Julio 1874

CUENCA, por su especial situación topográfica que la hace naturalmente inexpugnable, y además admirablemente fortificada por el enemigo, cuya guarnición constaba de mucha más fuerza combatiente y superiores medios de resistencia que la disponible para el ataque, es buena prueba de que el General en Jefe del Ejército Carlista del Centro poseía, como ya se le había reconocido, el golpe de vista militar, cualidad propia del género, y además que era un estrategico consumado cuyas circunstancias le indujeron á concebir la idea de llevar á cabo y con fruto su plan de operaciones sobre su primer punto objetivo.

Amanecía el día 13. El Ejército del Centro, compuesto del Batallón de Zuavos. 1.º de Cuenca, 1.º de Guias, 4.º y 8.º de Valencia, 3 escuadrones y 4 piezas de artillería de montaña, aproximóse á la plaza á la distancia de 500 metros, dividido en tres destacamentos, cuyos Jefes desconocían por completo el objeto de la misión que el General en Jefe les ordenara: el cual secreto militar y objetivo sólo confió á un solo hombre al llegar á la distancia de 2 kilómetros de Cuenca.

Cucala, en cumplimiento de la orden recibida de S. A. el Srmo. Infante Don Alfonso de Borbón, General en Jefe de los Ejércitos de Cataluña y el Centro, efectuó una diversión militar sobre Castellón, con el fin de distraer la atención del enemigo por aquella parte, mientras verificábase el asedio de la plaza.

Formadas las columnas de ataque á las tres de la madrugada, rompióse seguidamente el fuego de artillería, cuyo efecto útil manifestóse al momento ser insuficiente á causa de que su calibre y poco alcance era ineficaz para abrir brecha en el recinto fortificado, como también el ser reducido su único frente de ataque, el único para ello, ó sea la parte alta de la población, lo que motivó su aproximación para batir con ventaja las murallas.

Todas estas dificultades y las que ofrecían los muros aspillados y las calles estrechas y tortuosas formando anfiteatro, defendidas por fuegos directos y cruzados, no fueron obstáculo bastante para que se precipitaran los asaltantes sobre Cuenca y con un arrojo admirable prosiguieran el ataque á pecho descubierto, despreciando el mortífero fuego que desde las improvisadas obras de defensa se les dirigía.

A las once de la mañana cayó en poder del Ejército Carlista el arrabal llamado de la Carretería y la Plaza de Toros, después de un formidable ataque, que obligó al enemigo á refugiarse en su segunda línea, casi tan fuerte como la primera.

Alcanzada esta ventaja, S. A. el General en Jefe dispuso, para obtener mayores resultados, comunicar al Gobernador Militar de la Plaza, el Jefe de Brigada Sr. Iglesias, la rendición de la plaza y su guarnición, contestando éste que «como soldado su deber era defenderse hasta quemar el último cartucho»; y como los sitiados los tenían abundantes, como era de observar por el fuego intenso y no interrumpido que hacían sólo desde su cuádruple línea aspillada, supúsose sería larga y porfiada la resistencia.

En vista de ello, dióse la orden de que fuese economizada la cartuchería de fusil, y solamente contestar al fuego del enemigo con lo más preciso.

En esta situación llegóse á contar hasta 48 horas consecutivas de ataque, y á cada momento hacíanse más infranqueables los sitios de que era forzoso apoderarse, sobre todo una verja de hierro que cerraba la mitad del puente que daba acceso á aquellas posiciones.

Después de varias tentativas infructuosas para rebasar tales obstáculos, que ocasionaban á cada empuje bajas de consideración, pues llegábase cada vez hasta la misma verja, algunos jefes creyeron

no ser ya posible repetir otro ataque por considerar infranqueable esta tan disputada posición, y por lo tanto acordaron dirigirse personalmente al General en Jefe, y manifestarle no ser factible tomar la segunda línea, y creer urgente retirarse á donde S. A. tuviera por conveniente.

Con la entereza de carácter que tanto distingue á D. Alfonso, y con su habitual ademan enérgico, contestó á tan injustificable proceder, diciendo: «Yo solamente te recibiré el Parte de la toma de la plaza y haber quedado prisionera de guerra su guarnición: no se me hable de retirada; las dificultades se vencen sobre el campo del honor. Marchad inmediatamente á poner otra vez al frente de vuestros soldados, yo me reservo el derecho de dar las medidas que crea convenientes, y estad seguros de que cuando todos hayáis perecido, yo iré también á morir al pie de aquellos atrincheramientos: Cuenca por Carlos VII ó el Ejército del Centro muere al pie de sus murallas.»

Estas órdenes tan terminantes y la firmeza con que fueron pronunciadas, infundieron ánimo á los jefes, comunicándoles el ardor del que parecían estar desposeídos, marchando seguidamente á ocupar su puesto, y disponiendo S. A. al propio tiempo que una vez anochecido se le presentara el Jefe que dirigía el ataque para darle órdenes, y que interinamente se sostuviera el fuego sobre Cuenca.

Sonaron las cuatro de la madrugada del día 15, y después de dar la orden de tomar la plaza á toda costa, se simuló un ataque general en varios sitios á la vez, cuya orden se cumplió empezando los soldados á ganar terreno palmo á palmo.

Criticos eran los instantes y tales los esfuerzos de los sitiadores para no perder la última posición ganada, que era necesario ser carlista para no retroceder ni un paso, pues las plantas de los pies parecían haber echado raíces.

La misma resistencia enardeció el ánimo en arrojo y coraje, y todos se batían para acabar de una vez tan porfiada resistencia; vistió lo cual, y á fin de aminorar el resultado de la lucha, S. A. Don Alfonso, á instancias de S. A. la Serma. Señora Infanta D.ª María de las Nieves, cuya belleza de corazón siempre se atestiguaba, dispuso suspender el fuego, y el envío de un emisario con una comunicación para el Presidente del Municipio con el fin de que se rindieran al Ejército Carlista.

Al efecto, provisto de este pliego, acercóse á la población un oficial de órdenes seguido de un corneta y 9 guardias á caballo, el cual prévio el toque de llamada de honor, acercóse á corta distancia, siendo recibido por las avanzadas con una descarga, despreciando de esta manera los humanitarios sentimientos de S. A.

No dando resultado esta otra tentativa, dióse nuevamente la orden de romper el fuego.

En tales circunstancias, y adelantándose poco relativamente, eran las once de la mañana, cuando haciendo un supremo esfuerzo, y después de proveer las tropas de zapa-picas, consiguióse atravesar, vadeándolo, con agua hasta la cintura, el barranco de la derecha del puente, penetrando en las primeras casas del segundo recinto.

Este era el último baluarte del enemigo, en el cual concentró todas sus fuerzas el sitiado, de manera que las calles, sus barricadas y hasta las casas estaban convertidas en hornos, por el fuego que desde ellas se hacía causando numerosas bajas.

Nada arredraba ya á los asaltantes que luchaban con un ardimiento tal que con tantas cuantas desventajas combatían tanto más animábanse á acabar de una vez con tan porfiada resistencia, hasta que al fin, después que tan furiosos ataques obligaron al enemigo liberal á refugiarse en sus últimas defensas, consiguióse con tanto valor heroico que á las tres de la tarde el enemigo enarbolase bandera blanca pidiendo capitulación.

Concedióse ésta por el General en Jefe,

y después de rendida la población, hicieron solemne entrada en ella S. A. Don Alfonso de Borbón y la Srma. Infanta D.ª María de las Nieves, que juntamente con su augusto esposo compartía valientemente las penalidades de la Campaña.

Dicha entrada fué saludada por las espontáneas y sinceras aclamaciones de sus fieles tropas que acababan de hacer prisionero de guerra á la guarnición de Cuenca compuesta de su Gobernador militar, 4 jefes, 20 oficiales, 500 soldados del Batallón reserva de Toledo, de 2 escuadrones completos, uno de lanceros de España y otro de carabineros, 26 caballos de la Guardia civil, todos con su armamento y equipo, juntamente con la denominada guardia nacional.

Efectos de guerra se cogieron: 4 piezas de artillería rayadas de 8 cm., 530 proyectiles Krupp, 377 botes de metralla, 569 espoletas, 20 cajones de granadas, 700 fusiles Remington, otros varios materiales de guerra y efectos de estancias de Hacienda.

Todas estas relevantes ventajas fueron obtenidas con pérdidas muy dolorosas, consistentes en 1 comandante de infantería, 2 oficiales de Zuavos, 1 teniente de artillería y 24 voluntarios muertos, 5 oficiales y 40 voluntarios heridos, pérdidas, repito, muy dolorosas, sí, pero relativamente pequeñas si se considera el efecto que causó en nuestros mortales y encarnizados enemigos y el valor moral alcanzado.

No puede haber duda que á las relevantes dotes militares y la enérgica y decidida actitud observada por S. A. el Srmo Sr. Infante D. Alfonso de Borbón, débese el cerco y consiguiente toma de Cuenca; y es de esperar, es más, es de creer que con un General de tales condiciones, acompañado de su virtuosa Esposa la Srma. Sra. Infanta D.ª María de las Nieves, ante su ejemplo no se vacila, se va á todas partes, se pasa por todo: ayer en Cataluña y en el Centro, como se podría haber ido á Madrid; hoy á Cuba ó Filipinas, para descansar mañana con la ayuda del Señor de los Ejércitos bajo la Sacrosanta Bandera cuyos pliegues cobijan el lema de DIOS PATRIA Y REY que tan grande hizo á España en otras muy mejores épocas, después de reponer en el lugar que le corresponde á su Augusto Hermano Don Carlos VII de Borbon.

GABRIEL JPH. LLOMPART.

Barcelona—Enero, 1897.

LA PORTADA

SOBRE un fondo que deja ver en lontananza la silueta de la histórica y deliciosa Venecia, se destaca, sentada en regio solio la majestuosa figura de la Monarquía Tradicional; esa institución secular que durante tanto tiempo fué el símbolo de nuestras glorias y grandezas y el sostén de nuestros fueros y libertades.

Está en actitud de cobijar bajo los anchos pliegues de su manto de armiños á la Patria España en forma de una matrona que sostiene con una mano el escudo de Castilla y tiene á sus pies el León, emblema de la fortaleza; contempla en respetuoso ademán y mira con amor y admiración á la Monarquía Tradicional que la acoge, labrando su ventura y prosperidad con su paternal gobierno, sintetizado en el lema venerando de Dios, Patria y Rey que en ancho pergamino desenvuelve un hermoso genio alado.

Inspiradísimo ha estado el artista, que con modestia oculta su nombre, en la concepción y desarrollo de esta magnífica idea que tan simpática es á nuestro corazón esencialmente tradicionalista y por cuyo éxito le felicitamos muy sinceramente.

W.

Nuestro extraordinario

No queremos elogiarlo ni mucho menos sacar á colación los sacrificios de toda clase que él representa: para las personas inteligentes y para los leales y sufridos carlistas que saben que su periódico vive únicamente del favor de los subscriptores, harto sabido es lo que el presente número vale, así en su parte artística, tipográfica y material, ya que de la intelectual ó de texto no somos nosotros los llamados á dar dictamen, puesto que escribimos al igual que el soldado empuña la espada cuando el jefe se lo manda y de la misma manera que trocaríamos nosotros la pluma por el fusil cuando nuestro Augusto Señor nos lo ordenara.

En la imposibilidad este año de poder hacer *Almanaque* por falta material de tiempo, á última hora resolvimos *echar el resto*, como vulgarmente se dice, en la festividad de los Santos Reyes, con el especial objeto, primero de obsequiar á nuestros queridos subscriptores y estimularles una vez más á difundir nuestro modesto periódico, y con la segunda intención de que no creyera algún «sepulcro blanqueado» que pudieran intimidarnos las peripecias y persecuciones cuyo aniversario estos días celebramos.

Así, pues, les ofrecemos á nuestros lectores y constantes abonados, ocho páginas de á folio, con una preciosa portada á dos tintas y seis magníficos grabados hechos especialmente para LA TRADICION por el reputado artista catalán Sr. Thomas, los cuales van intercalados en las diferentes páginas, con originales alusivos y expresos que la bondad de nuestros colaboradores y el apoyo unánime y decidido de todos los que nos honramos en figurar como habituales redactores de la casa, hemos trabajado con entusiasmo. Gracias, pues, á los primeros por su concurso, y para nosotros, si hemos sabido agradar á nuestros amigos con el presente extraordinario, sólo pedimos en bien de la propaganda que lo den á conocer á cuantos andan en busca de verdades y de sentimientos desligados de toda idea de lucro, que nos estimulen con su apoyo, y que si á su juicio somos dignos de ser imitados en otros terrenos, cada uno desde el jefe al soldado, desde el más alto al más bajo, se convierta en lo que debe ser hoy día el que suspira por las gloriosas tradiciones que hicieron tan grande un tiempo á España, en nuevos apóstoles que sin temor á la persecución, cuanto menos ambicionar el miserable plato de lentejas en forma de favores ó debiidades, sepamos sostener muy alto que somos carlistas porque sentimos verdaderamente el espíritu nacional, ese espíritu de España encarnado en el lema DIOS, PATRIA, Y REY, á cuya sombra juremos todos hoy más que nunca vencer ó morir, al grito de ¡Viva España!

LA REDACCION.